

COLABORACIONES

Cuentos vividos

Un viaje iniciático a través de *El túnel*,
de Anthony Browne

por Paco Abril*



ANTHONY BROWNE, EL TÚNEL, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 1993.

La Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular de Gijón organiza, dentro de su programa de actividades para escolares, exposiciones de cuentos, una forma diferente de acercar los libros a los niños y niñas. Una de estas muestras tuvo como protagonista El túnel, de Anthony Browne. Paco Abril, impulsor y conductor de la experiencia, analiza y reflexiona, al hilo de esta actividad, sobre la historia que el escritor e ilustrador inglés plantea en este álbum que, como todas sus obras, habla de sentimientos, de lo que significa ser niño.

50

CLIJ141

Extraer, de la apabullante avalancha de novedades, aquellos buenos libros que de otra manera nos pasarían inadvertidos es una de las funciones de la crítica. *El túnel*, de Anthony Browne, es uno de esos libros que no han sido suficientemente destacados, a pesar de su calidad y de que su autor ha sido distinguido con el Premio Andersen de literatura infantil al mejor ilustrador, galardón que pretende equivaler al Nobel de la literatura de adultos.

Invito a los lectores de este artículo a viajar por *El túnel* llevando como compañeros de viaje a Caperucita Roja y a Hansel y Gretel. Para penetrar en el mundo que quiere mostrarnos este autor, hay que leer con detenimiento sus fabulosas ilustraciones, pues forman un todo inseparable con los textos.

El bosque como mundo interior

Los protagonistas de *El túnel* son dos hermanos, Juan y Rosa. A diferencia de Hansel y Gretel, ellos viven en un enfrentamiento continuo. En las ilustraciones del comienzo de la historia, a la niña la encontramos en casa, sentada en el alféizar de la ventana, leyendo cuentos y soñando. Al niño lo hallamos en el bullicio de la calle. Él vive hacia fuera, ella hacia dentro. Rosa es miedosa, Juan es valiente.

En estas primeras ilustraciones se resume la historia de los hombres y las mujeres. A las mujeres se las educó para vivir hacia dentro, hacia el interior, hacia lo cóncavo. A los hombres, para vivir hacia fuera, hacia el exterior, hacia lo convexo. La ventana de la casa es el símbolo claro de la contemplación. Desde ella se ve el mundo, pero no se participa en él.

En dos imágenes anteriores el autor nos presenta los retratos de los hermanos. A él nos lo muestra sonriente, seguro de sí mismo, con los brazos cruzados en actitud un tanto retadora y prepotente, con un fondo de ladrillo, de lo construido, de lo exterior. Ella aparece dibujada más seria, con un aire melancólico, sobre un fondo vegetal, que es como el bosque interior en el que vive, el bosque de los sentimientos, donde sucede y se experimenta todo tipo de emociones. Lo vegetal es aquí lo íntimo, lo complejo, lo considerado femenino.



Durante la visita a la exposición, uno de los retos que se planteaba a los visitantes es que se adentraran en el túnel, igual que hacen los protagonistas del libro.

La acción de la mayoría de los cuentos clásicos transcurre en el bosque, que sigue sirviendo de metáfora para reflejar las turbulencias de lo que nos pasa por dentro.

A los niños y niñas que acudían a vivir este cuento, en la sede de la Fundación Municipal de Cultura de Gijón, les propuse, al final, que imaginaran que iban por un bosque. Les pregunté: «¿Cómo es y cómo os sentís en él?». Los relatos que surgieron fueron muy significativos, como proyección de esa relación bosque-mundo interior.

«En el bosque hay murciélagos, lobos, insectos, libélulas y monstruos. Es muy oscuro. Se oyen unos gruñidos muy extraños y por eso tengo miedo, angustia y, sobre todo, estoy muy intrigado» (*Aitor*, 9 años).

«Me siento tranquila en ese bosque, aunque sabiendo que puede haber serpientes, arañas, lobos, osos y otros animales peligrosos, a veces me entran escalofríos, pero me apetece seguir explorando» (*Sara*, 7 años).

Sigamos adentrándonos en el cuento. Por la noche, Juan duerme profundamente. Él no tiene sueños malos. Anthony Browne nos lo muestra durmien-

do satisfecho, libre de temores y de inquietudes.

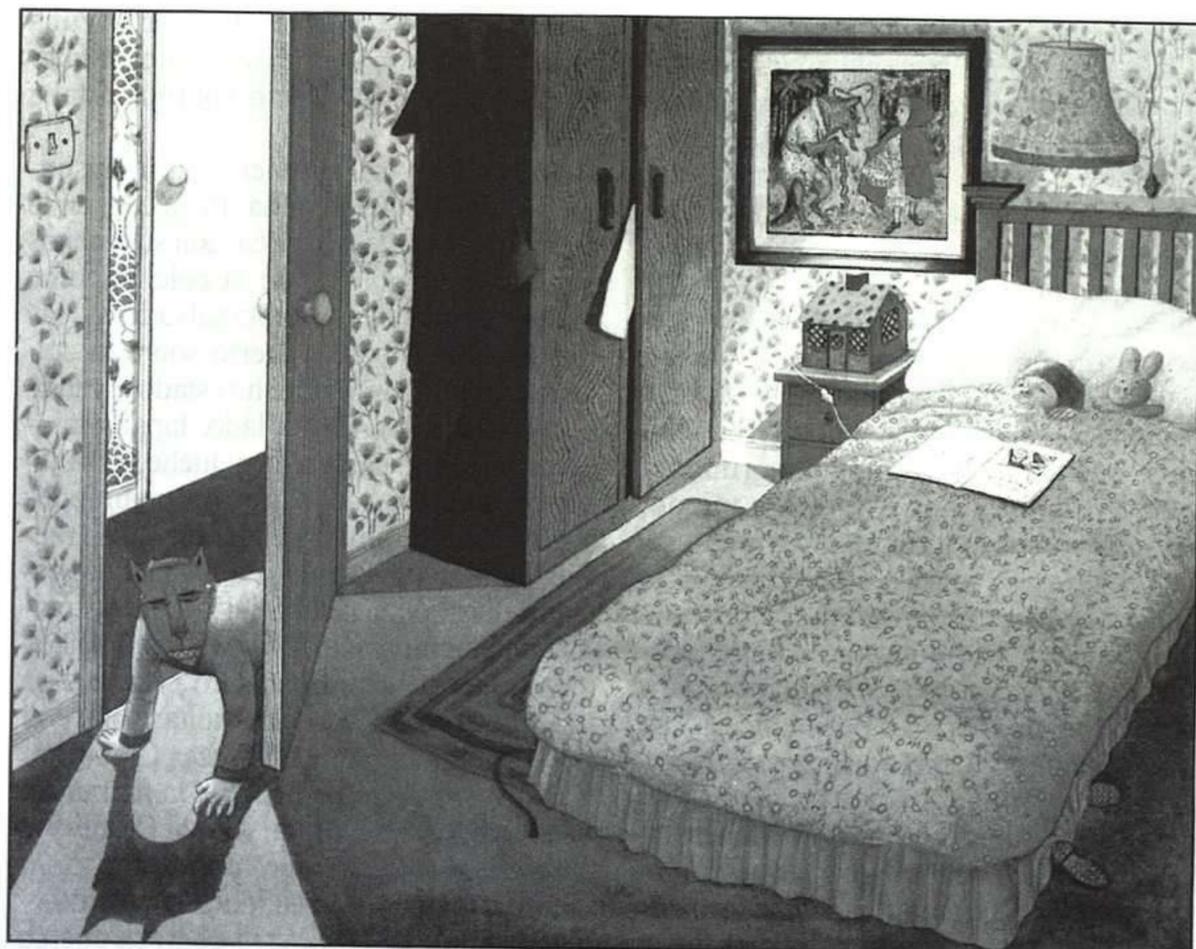
La habitación de Rosa, sin embargo, está poblada de temores. Recuerda a una niña, citada por Jean Piaget, que no quería entrar en su habitación porque estaba llena de malos sueños.

Merece la pena detenerse en la ilustración del cuarto de la niña. Rosa está en la cama, tapada hasta la boca, con sus manos sujetando el embozo de la colcha, como quien se agarra a una tabla salvadora. Hay un libro de cuentos abierto sobre la colcha. Comprobamos que ha estado leyendo *Caperucita Roja*. A su lado, tapado también, vigila un conejo de peluche, su objeto transaccional, ese objeto quitamiedos que le sirve de alivio y consuelo. En la mesita hay una lámpara con la forma de la casita de chocolate de Hansel y Gretel. Encima de la lámpara, en la pared empapelada con motivos vegetales, claro está, cuelga un gran cuadro de Caperucita Roja y el Lobo. Es un cuadro de Walter Crane que ilustró este cuento en 1875. Un homenaje de Anthony Browne a Walter Crane y a *Caperucita Roja*, como los que acostumbra a introducir en casi todos sus libros.

Del lateral del armario de Rosa cuelga



Los niños y niñas ante una de las imágenes del libro, la del bosque, llena de significados y de detalles que hay que descifrar.



ANTHONY BROWNE, EL TÚNEL, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 1993.

un abrigo rojo con caperuza. Tal y como está colocado, semeja un lobo. Y de la puerta del armario, que tiene abierta una rendija, emerge la inquietante manga de una camisa, cual si fuera el brazo de alguien oculto en su interior. Debajo de la cama, en la parte izquierda, según miramos, hay una cuerda que parece el rabo de algún animal. A la derecha, unos zapatos, tirados con las suelas hacia arriba, dan la sensación de que alguien está metido debajo de la cama. Remata el intranquilizador paisaje de esta habitación el hermano entrando a gatas con una máscara de lobo o de zorro para asustar a su temerosa hermana.

Pasamos la página. Juan y Rosa discuten constantemente cuando están juntos. Se les ve enfrentados en una cocina sin vistas. La única ventana se abre a una sobrecogedora pared de ladrillo. En otro álbum de Anthony Browne, *Las pinturas de Willy*, en el que vuelve a aparecer ese paisaje kafkiano, nos dice: «Siempre me disgustó mirar por esa ventana». Ésta es una de las muchas y enigmáticas ilustraciones de las que está sembrado el libro, las cuales nos invitan a releerlo una y otra vez para penetrar en su significado.

La madre, harta de sus enfrentamientos, les manda afuera, a la calle, y les exhorta a que regresen cuando hayan solucionado sus conflictos.

Juan y Rosa, igual que Hansel y Gretel, salen al mundo. Él va delante, refunfuñando por tener que acompañar a su hermana. Ella, vestida con su abrigo rojo, es la viva imagen de Caperucita. Él lleva su balón de fútbol, ella su inseparable libro de cuentos.

Juan conduce a su hermana hasta, según dice ella, un «horrible lugar». El horrible lugar es un sórdido basurero pirata, la parte oscura de la ciudad que no se muestra nunca.

Rosa se sumerge en sus cuentos, en ellos encuentra alivio y el modo de afrontar la realidad, pues los cuentos son el mapa afectivo de la infancia. Mientras, su hermano se dedica a explorar. Explorar también ha sido, casi siempre, una actividad masculina. Los exploradores descubrieron el mundo, lo colonizaron y, demasiadas veces, lo arrasaron y expoliaron.

De repente, Juan anuncia a Rosa que ha descubierto un túnel. «Ven —le dice—, vamos a ver qué hay al otro lado». A Ro-

sa le entra el pánico. No quiere adentrarse en lo desconocido. «Siempre tan miedica», le espeta Juan desapareciendo en la oscuridad del túnel. Pasa el tiempo y él no regresa. Rosa espera angustiada. Tiene que tomar una decisión, su hermano puede estar en peligro. Decide vencer su miedo y afrontar lo desconocido.

El hermano dejó su balón de fútbol a la entrada del túnel, ella deja su libro de cuentos. Ahora va a vivir la realidad. De los cuentos extrajo el coraje para asumirla.

Vencer nuestros miedos

En este momento, cuando la expectación de los niños y niñas que escuchan esta historia está en su punto álgido, detengo el relato. Les digo: «Si queréis saber qué pasó después, tenéis que hacer como Rosa: atravesar el túnel».

Un túnel, situado en el centro de la sala de exposiciones con la entrada disimulada, es el elemento fuerte de este cuento que han venido a vivir, no sólo a oír. Para que la experiencia sea como la de Rosa, les digo que ése es el túnel del silencio. Deberán recorrerlo sin hablar, sin hacer ruido.

Animándose unos a otros, venciendo el recelo a la oscuridad que todos tienen, aunque no lo reconozcan, se deciden a ir detrás de Rosa. La curiosidad derrota al miedo. Antes de entrar les pregunto: «¿Qué puede haber dentro?». En sus respuestas quedan reflejados sus temores y sus ascos. Puede haber —dicen— ratones, arañas, lagartijas, cocodrilos, vampiros, humedad, oscuridad, muertos vivientes, serpientes, monstruos... A la salida, muchos afirmaron haber sentido la presencia de aquello que habían imaginado.

Y así llegamos todos, con Rosa, al

otro lado del túnel. «¿Qué hay allí? ¡Hay un bosque! Observad a los pájaros comiendo migas de pan. ¿Las habrá dejado Juan para señalar el camino?» Otra referencia inequívoca de que vamos con Hansel y Gretel. El bosque, al principio luminoso, se vuelve cada vez más oscuro y amenazador. Cuanto más avanza Rosa por él, más aumentan sus temores. Hay demasiados signos inquietantes en todo lo que ve, o en lo que cree ver. El miedo le hace poblar de terroríficos seres imaginarios el paisaje por el que transita.

Debemos agudizar nuestro entendimiento y nuestra mirada, los enigmas de Anthony Browne se acrecientan en estas últimas páginas. Los ojos se nos llenan de interrogantes. ¿A quién pertenece el hacha apoyada en un tronco cortado? ¿Quién está encerrado en el agujero de uno de los árboles? ¿Qué significan la

Baja de las nubes.

Los derechos de autor no se defienden solos,
pero se defienden entre todos.

Nosotros dedicaremos todos nuestros recursos a defender tus derechos de autor. Cada año recibirás los derechos económicos que te correspondan por la fotocopia de tus obras. Asóciate a CEDRO, la entidad que gestiona colectivamente los derechos reprográficos de escritores, traductores, periodistas y editores.

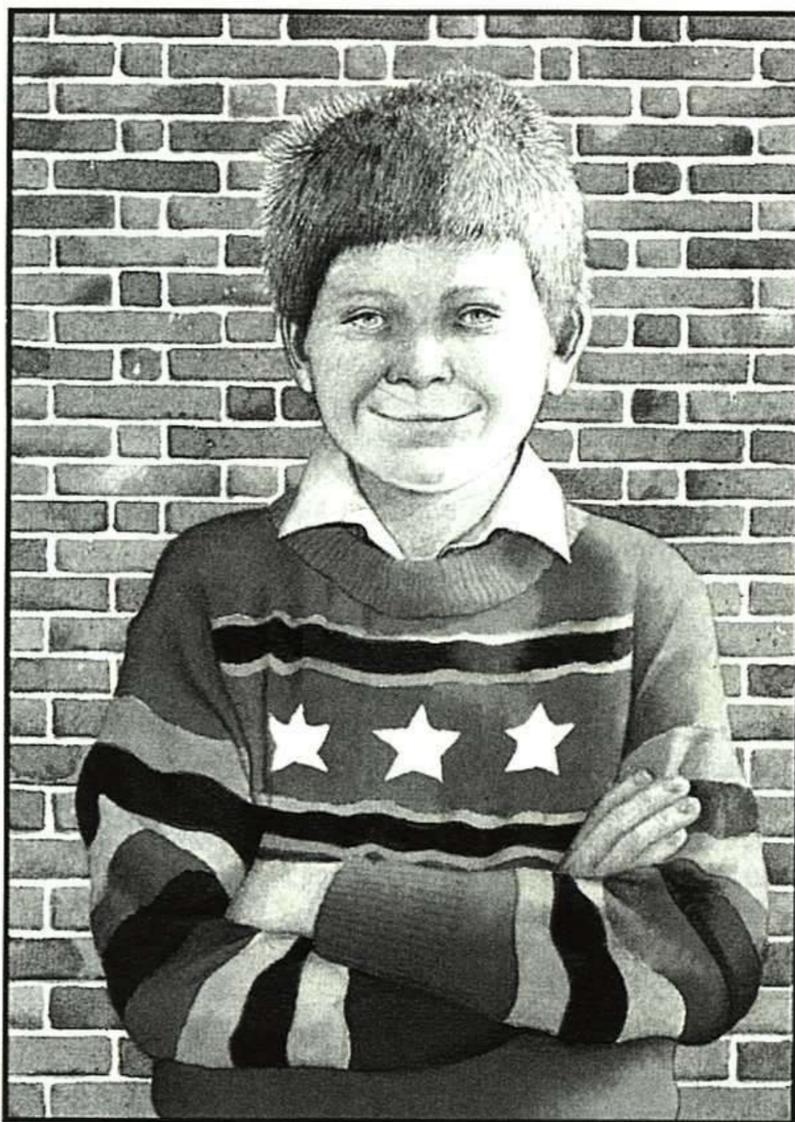
Para más información: www.cedro.org - 91 702 19 39 - asociados@cedro.org
93 272 04 45 - cedrocat@cedro.org



Centro Español de Derechos Reprográficos
Entidad de Autores y Editores



BROWNE, EL TÚNEL, FCE, 1993.



BROWNE, EL TÚNEL, FCE, 1993.

soga, el árbol verde, la hoguera y la rama-dedo? Son algunas de las preguntas que surgieron de los niños y niñas cuando vieron estas ilustraciones.

En la extraordinaria doble página de este bosque, una de las que ofrecen más lectura, aunque no lleve texto, la niña vislumbra los peligros que la acechan. Al fondo, semioculta entre la espesura, aparece la casita de chocolate. En los troncos milenarios pueden verse animales salvajes como si estuvieran tallados en ellos. En uno de los árboles se encuentra, majestuoso y terrible, el lobo de David Crane, el del cuadro de su habitación. Hay muchos más elementos turbadores, como esa lápida solitaria en la que algunos ven una ventana, y otros que el lector atento deberá encontrar. Y, por supuesto, no falta un gorila, ese animal tan querido por Browne.

Rosa corre ya aterrada. ¿Dónde estará su hermano?

Agotada, desemboca en un paisaje desolado. El cielo presagia tormenta. De los árboles sólo quedan tocones quemados. A lo lejos divisa a Juan convertido en estatua de piedra, paralizado mientras corría, con

la cara vuelta hacia atrás y expresión horrorizada. Parece huir de algo espantoso. ¿De quién o de qué huye? Y la pregunta más importante, la que les hago al final a los niños y niñas, ¿por qué se convirtió Juan en estatua de piedra?, ¿lo convirtió alguien? El autor nos ha dejado muchas pistas para resolver este enigma, pero no nos ha dado la respuesta.

Un niño dijo que su propio miedo lo había petrificado. Otros llegaron a la conclusión de que Juan se transformó en lo que realmente era con su hermana, un ser duro, insensible y frío como una piedra.

Un círculo de doce guijarros, como el tiempo detenido o como un reloj parado, rodea al niño. Rosa cree haber llegado tarde, abraza por detrás la pétrea figura de Juan.

Poco a poco, gracias al calor del cariño de su hermana, gracias a la fuerza de quien ha luchado y superado las dificultades, Juan vuelve lentamente a la vida. A la vez, regresa la vida al bosque desolado: los tocones calcinados se tornan árboles, el círculo de piedras se transforma en flores, el cielo disipa sus malos presagios volviéndose azul.

El libro termina con un primer plano de igualdad entre Rosa y Juan. Ella se halla de frente, él de espaldas. Rosa contempla a su hermano con afecto, seguridad y complicidad. Tiene motivos para estar satisfecha. Ha regresado crecida de un impresionante viaje iniciático. Los cuentos le dieron la fuerza necesaria para emprenderlo. Porque los cuentos, como he dicho en otra ocasión, poseen el extraño poder de procurarnos un mejor entendimiento de la realidad y de nosotros mismos.

También la visita a la exposición de *El túnel* es un viaje. Los niños y niñas que acudieron a verla vivieron este cuento como Hansel y Gretel, como Juan y Rosa. Para ellos también fue un viaje iniciático. Fue una peripecia memorable que les hizo reflexionar, buscar respuestas, razonarlas, intercambiar opiniones, vencer sus miedos, pintar y describir su bosque... Por eso he llamado a esta experiencia *Cuentos vividos*. ■

*Paco Abril es escritor, cuentacuentos y creador y director del suplemento infantil *La Oreja Verde*, así como director de Programas de la Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón.